

A veces, la santa insistencia es el deber primario. Anticipamos esta explicación, por si alguien advierte exceso de reiteración en temas anteriormente glosados en estos comentarios. Cuando encarecemos la necesidad de organizar nuestra paz, nos referimos naturalmente a la vida pesquera de mañana; a la que habrá de recomenzar inmediatamente de finir la tarea heroica de la armas.

Y queremos decir, con ello, que bastaría a tal fin retrotraer las cosas al estado que tenían antes de romperse las hostilidades. Aquello no era paz.

Era la guerra dentro y fuera del campo propiamente pesquero. Dentro, la guerra de precios, las competiciones insensatas, la rienda suelta al azar, la confianza ciega en el capricho de los elementos.

Fuera, la guerra de incomprensión; ya procedente de un Estado impermeable a todas las demandas marítimas, regido por hombres de secano; ya procedente de organizaciones obreras encaminadas a la disolución y al caos.

Hace falta, pues, que cuando la auténtica guerra termine, no vuelva a comenzar la nuestra; que enterremos el pasado comenzando por renovarnos nosotros.

Hace falta, en suma, que organicemos nuestra paz.



Y en primer término ha de acabarse con la improvisación, con la alegría administrativa en cuanto no sea acomodamiento preciso de la producción al consumo, de los gastos de explotación a los costos mínimos.

Los tiempos fabulosos en que podía desafiarse la ventura han pasado para todos. Sería una insensatez empeñarse en mantenerlos, con su secuela de catástrofes, en la historia industrial de la pesca española.

Hogaño la vida ha evolucionado en sentido de precisión, de reajuste, de ahorro en la consunción de energías que puedan representar reservas útiles para el porvenir. Pero esta tónica general en la economía moderna, ha de acentuarse aun más en la organización de los negocios pesqueros, por su especial índole, por sus características genuinas.

ORGANICEMOS NUESTRA PAZ

Por MAREIRO

El problema económico de la pesca se ha contemplado, por los elementos que lo vienen financiando, como un exclusivo problema de producción. Y la realidad ha demostrado sobradamente que tiene perspectivas mucho más dilatadas.

¿De qué sirve producir mucho, si cuanto más pescado llegue al mercado más abatidos resultan los precios?

¿Qué se logra con que el consumidor llegue a cotizaciones razonables, si por la forma en que las ventas se realizan aquellas no aprovechan al productor?

¿Dónde está la utilidad para éste, aunque le fuesen favorables volumen de capturas y precios, si los artículos que forzosamente ha de obtener fuera, se le venden sobrecargados, o en deficientes condiciones de calidad, o con tasas de transportes insoportables, etc.?

Por zonas tan amplias, inabordables al empuje individual más valeroso, se ensanchan hoy los horizontes económicos, industriales y comerciales, de la pesca de altura.



Solo mediante la unificación industrial pesquera podremos organizar nuestra paz. Solo con el sacrificio de conceptos individualistas, tan disociadores como otros que por tales se combaten, podrá obtenerse la síntesis salvadora de los intereses del mar, tan seriamente comprometidos en esta hora.

Todos los grandes virajes necesitan condiciones externas que preparen con facilidad la maniobra. Y en esa coyuntura se halla hoy la industria pesquera de altura, por dolorosa desgracia.

Por desgracia de la que no sería racional extraer otra mayor; sino por desgracia que es necesario superar, colofando las cosas en plano que hagan imposible su repetición en los días tranquilos y fecundos que pronto comenzarán a correr para todas las actividades nacionales, que se consideren dueñas de su destino.

La pesca, pues, no puede seguir a la deriva. Organicemos nuestra paz.

